

Mariátegui: el modernismo revolucionario

17

Oscar Terán

Cuando se me invitó a participar de este evento acepté con el corazón ligero. No percibí entonces que me exponía a verificar una vez más que la historia había sido escasamente benévola con los hombres y mujeres de mi generación y de mis ideas. Es cierto que yo había frecuentado las páginas de Mariátegui sin querer eludir la fascinación que ese pensamiento libérrimo me producía. Pero al volver a mirar esos textos comprendí demasiado bien aquello que decía Bourdieu de que un libro cambia por el solo hecho de que no cambia mientras el mundo cambia.

Cuando hace ya catorce años celebramos en México con la conducción del inolvidable Pancho Aricó un congreso internacional por el cincuentenario de la muerte de Mariátegui, es cierto que eran tiempos de exilios y de "crisis del marxismo", pero no escaseaban los que observaban esa crisis como el anuncio de una nueva aurora. Y para ese eventual renacer, el intelectual peruano lucía como un venero al cual remitirse en busca de respuestas entonces cruciales. ¿Era Mariátegui marxista? ¿Había resultado entonces justa la calificación "primer marxista de América"? ¿O había que rendirse ante la evidencia de que

en sus textos emerge un marxismo discreto, ofuscado siempre por temas sorelianos aunque sostenido por una expresa voluntad de marxismo y sobre todo de revolución? Se trataba de una discusión compleja que movilizaba intensas pasiones ideológico-políticas y que se construía desde preguntas tal vez sin respuesta: ¿de qué marxismo se trataba? ¿sólo del de Marx?, ¿pero acaso Marx no puso en cuestión por lo menos una vez que él mismo fuera marxista? Y si lo hubiese sido, ¿a qué Marx apelar: al de **El manifiesto comunista**, donde el capitalismo todo lo devela; o al de **El capital**, donde todo lo oculta; o al de los escritos sobre la comuna rural rusa, donde podría haberse acercado a un Mariátegui tamizado por la célebre carta de la populista rusa Vera Ñasulich? Este congreso revelará si esas preguntas siguen pareciendo pertinentes

18

Por mi parte, quiero decir que luego de los trágicos sucesos que en este país condujeron a una escalada de violencia que en sus extremos desembocó en el terrorismo de Estado y en la figura trágica del Desaparecido, por una parte, y de los extraordinarios sucesos que arrasaron con la experiencia de los países del llamado socialismo real, me parece que el suelo mismo de esas cuestiones ha sido severamente erosionado. Y si el presente es tierra sagrada, y forma parte de la responsabilidad weberiana poder mirar de frente el rostro severo de nuestra época, sólo quiero relatarles brevemente la imagen que la singular curva biográfico-intelectual de Mariátegui me devuelve en este mismo presente

Apelaré para ello a un demasiado veloz **racconto** de lo que me interesa remarcar de ese derrotero intelectual.

Así, creo que sigue siendo aceptable atender a la propia valoración de Mariátegui acerca de su experiencia europea, cuando afirmó que en el viejo continente había descubierto el país del que provenía y en el que hasta entonces había vivido "casi extraño y ausente" ¹ Sigo creyendo no obstante que subestimó el periodo pre-europeo de su formación al calificarlo de "edad de piedra", cuando en rigor ya en la escritura de esos años se pueden hallar algunos rasgos que van a configurar una cierta sensibilidad, unas ciertas condiciones de recep-

ción, digamos, sobre las que posteriormente seleccionaría algunos tópicos y estilos

En esos primeros escritos juveniles, y en el pasaje del nacionalismo criollista al modernismo cultural, a la pregunta de época "¿por qué estamos tristes?", que Anatole France respondía "porque la ciencia no da la felicidad", Mariátegui la contesta por la confesión de un malestar que es un tedio vital: "Los cantos de optimismo y de vida -escribe en febrero de 1916- se apagan prematura y cruelmente y pasa por las alas una onda de desesperanza y desaliento". Esa desesperanza se nutre del tema decadentista por excelencia, de la hipersensibilidad generada por la sobrestimulación tecnológica de la vida moderna.² Un conjunto de poemas o escritos denuncian en sus meros títulos la recurrencia del tema del hastío: "El mal del siglo" (1915), "Gesto de spleen", "Nirvana" (1916); títulos que a partir de la edición de sus escritos juveniles podrían multiplicarse ahora con toda facilidad. Pero además fastidio por esa sociedad que ante el *affaire* Norka Rouskaya impugna que "una artista y dos o tres escritores ansiosos de sensaciones exquisitas y preciosas realicen una aventura tan alejada de la vulgaridad cotidiana y tan libre de mancha original"³

Para conjurar ese malestar, el joven intelectual apelará a los recursos que le brindaba el decadentismo cobijado en el círculo de Valdelomar,⁴ y como antítesis de la moral de artista adoptará la figura del "burgués", que había tenido en la tradición modernista su propia expresión latinoamericana: autosatisfacción en la vida de los negocios, mediocridad intelectual, incapacidad para el goce estético, adiposidad que denuncia el burdo "materialismo" de sus hábitos cotidianos,⁵ notas todas ellas que sobresalen en la descripción del Mariátegui de 1916 de ese matrimonio que sólo tiene "para sus cuarenta años la perspectiva de una obesidad razonable y discreta y para su presente la cristiana aspiración de un hijo".⁶ Para eludir el riesgo de esa vida que ni siquiera es una muerte, su escritura nos revela o bien el repliegue hacia una interioridad encantada donde se construye una ética que es una estética de la existencia, o bien hacia el misticismo cristiano que en el convento de los Descalzos le ofrece un literal retiro espiritual.⁷

20 El muy joven Mariátegui, ¿entonces? Realmente, un literato "inficionado de decadentismo finisecular" ¿A qué insistir pues si esto constituye una confesión de partes? Y sin embargo, si es preciso hacerlo se debe a que estas lentes permanecerán como estructuras categoriales de larga duración a cuyo través se constituirá un dispositivo de construcción del hecho político, cristalizando por no pocos momentos una estetización y sobre todo una sacralización de la política. Para este giro indudablemente las experiencias de los años 1918-1919 resultarán cruciales: Reforma Universitaria, revolución rusa, luchas de los trabajadores limeños. Es la visualización de esa realidad la que le otorgará a esta alma elitista y estetizante la posibilidad de sustituir la fuga hacia el yo por el encuentro con lo público político. Y si hasta entonces aquellos tópicos elitistas sólo permitían la apertura hacia las multitudes articuladas por la fe religiosa de "La procesión tradicional", ahora también se abrirán hacia esas manifestaciones de trabajadores que confluían hacia las oficinas del periódico **La Razón**, que dirigió con Falcón hasta su partida a la Europa atravesada por la crisis de postguerra.

Allí el misticismo individualista halla su transferencia hacia el riesgoso misticismo de masas "Ha habido -dirá- muchos ejemplares excelsos de misticismo. Pero de un misticismo generalmente estático y contemplativo [...] No de un misticismo tan poderoso, tan capaz de comunicar su lema, su fe, y su alucinación a muchedumbres y ejércitos" (*Cartas de Italia*, p. 180.)

Y así como José Ingenieros había visto en la guerra un suicidio de los bárbaros europeos que sería acompañado por una recomposición civilizatoria a la luz de la experiencia bolchevique y del antimperialismo latinoamericanista, Mariátegui leerá, en el interior del entramado tejido por Spengler, Sorel y Tilgher, los signos que colocan en el conflicto bélico el límite entre dos épocas y dos concepciones de la vida. Mientras el ideal anterior consistía en "vivir dulcemente" (15), cuando "resucitó el culto de la violencia [y] la Revolución Rusa insufló en la doctrina socialista un ánimo guerrera y mística [y] al fenómeno bolchevique siguió el fenómeno fascista", los revolucionarios, como los fascistas, se propusieron "vivir peligrosamente" ^B

La cita es harto conocida pero valga la pena recordarla. Vale también la pena recordar que este clima de ideas estaba en rigor difundido entre considerables sectores intelectuales, para los cuales fascismo y bolchevismo formaban parte de la misma corriente fundamentalmente antiliberal, en un momento en que el liberalismo experimentaba una formidable crisis de legitimidad. Bastaría en el caso argentino evocar **La literatura y la gran guerra**, de un Carlos Ibarguren aún no pasado a las falanges del nacionalismo autoritario. En ese libro de 1920 que comenta diversas novelas de guerra, también se relata cómo "el siglo de la ciencia omnipotente, el siglo de la burguesía desarrollada bajo la bandera de la democracia, el siglo de los financieros y de los biólogos, se hunde en medio de la catástrofe más grande que haya azotado jamás a la humanidad". También en él se celebra literalmente una "corriente mística y guerrera" que el argentino ve encarnada en Charles Péguy y que en su caso remite al espiritualismo patriótico.⁹

Mariátegui, en fin, un modernista revolucionario, que de ese modo adoptaría una adjetivación opuesta a la del modernismo reaccionario estudiado por Jeffrey Herf: ¿pero realmente esta adjetivación es un parteaguas o un canal de comunicación? Sin duda, ambas cosas. Prácticamente toda la constelación de temas vinculados con el energetismo vitalista y antiintelectualista encontrarán expedito ese canal de comunicación. Por citar sólo un ejemplo muy preciso, no es diferente la colocación que de Henry Ford realizaba Gottfried Feder al considerarlo un representante del "capital creativo" de la que a su regreso al Perú llevará a Mariátegui a seleccionar entre sus héroes positivos a Ford y a Hugo Stinnes, "el líder de la plutocracia industrial alemana".¹⁰

Sabemos por fin de qué modo en enero de 1925 en **El hombre y el mito** Mariátegui consumaría esa riesgosa fusión entre política y religiosidad apelando al archivo soreliano. Pero si la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia sino en su fe; si la emoción revolucionaria ... es una emoción religiosa, y si en clave bergsoniana el mito es lo que puede ocupar la región del yo profundo, ¿no quedan estas argumentaciones demasiado expuestas a las duras calificaciones

VI CONGRESO DE LA «ASOCIACIÓN AMIGOS DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA» del tipo de las que Norberto Bobbio desarrolla en su artículo "Extremistas y moderados"?¹¹ Ya que si "en la contraposición entre extremismo y moderatismo está en cuestión sobre todo el método [y] en la antítesis entre derecha e izquierda están en cuestión sobre todo los valores", podría suponerse que respecto de la moral y la virtud los extremismos antiiluministas comparten precisamente el culto de "las virtudes guerreras" contra las de la paciente búsqueda de la mediación que constituye la esencia de la democracia.¹²

22

Pero he aquí que ese innegable sorelismo mariateguiano, presente desde **El alma matinal** (1923-1929) hasta **Defensa del marxismo** (1928-1929), permitirá en los **7 Ensayos** un extraordinario experimento vanguardista. Porque en el antiprogresismo soreliano encontró un modo de desquiciar la temporalidad liberal (lineal, acumulativa) y así eludir el etapismo digamos segundo internacionalista: con ello la revolución deviene el acontecimiento que horada el tiempo homogéneo y comunica un futuro utópico (el socialismo) con un pasado mítico (el mundo indígena), mediante un gesto que descoyunta la temporalidad del progreso acumulativo. Si aún en noviembre de 1924 afirmaba que la conquista española había **aniquilado** la cultura incaica y con ello "la única peruanidad que ha existido" (**Temas de Nuestra América**, p. 26), cuando descubra el Perú enterrado que le ofrecía el indigenismo se disparará un retorno que es un salto al futuro, una restauración que en rigor es una revolución. Y es que si la tradición no es momia o museo es porque está viva (**Peruanicemos al Perú**, p. 15), esto es, porque está en un pasado que, como el mito, relata una y otra vez un eterno presente, un acontecimiento originario que nunca ha dejado de ocurrir. Respondía así a la pregunta entretrejida en el cruce de populismo y vanguardismo: cómo imaginar una marcha que yendo hacia atrás en realidad sea un salto hacia adelante.

Pero entonces los **7 Ensayos** apelan al "dato económico" que la teoría marxista le inspira y que opera sorprendentemente como límite y control del voluntarismo espiritualista. El socialismo le ha enseñado en efecto que el problema indígena no es moral sino económico y social y político (**7 Ensayos**, p. 36, n.), y que por ende es preciso atender al peso de esas materialidades para lograr una transformación no sólo

deseable sino también posible. ¿No se puede ver en esas convicciones la traducción a la práctica política de quien se mostrará renuente a apresurar la constitución de un partido comunista a la espera de mejores "condiciones objetivas"? ¿Y no es esto mismo lo que describe en ese artículo crucial de **Defensa del marxismo** que titula "El determinismo marxista"? ¿No es allí donde, apelando otra vez al criterio de autoridad de Adriano Tilgher, propone una conciliación entre la voluntad espiritualista de revolución y los datos materiales de una situación histórica que puede ser estimulada pero no forzada "con llamamientos al buen corazón de los hombres" (p.68)?

23

Ese proceso revolucionario, de sobra lo sabemos, no se produjo. Atenazado por la doble presión de la III Internacional que lo acusa de populista y de Haya de la Torre que lo descalifica por europeísta, sus últimos años transcurrirán sobre todo en el intento terco por proseguir su sorprendente gestión cultural centrada en la revista **Amauta**. Todo en esa experiencia resulta entrañable y admirable. No es preciso siquiera hojear las páginas de su publicación. Puede apelarse a los registros fotográficos o a lo que Marx llamaba "el lenguaje brutal de las cartas" para percibir que se trata de un emprendimiento tanto más valioso porque describe un loco movimiento a contrapelo. Se lo puede ver en las fotos de la época, en su mítica silla de ruedas, con moño y sonrisa triste, rodeado de jóvenes seguramente vanguardistas, de mujeres con corbata y de faldas tal vez demasiado breves para la época. Pero en el fondo de estas fotografías no luce la rue d'Ulm ni el faubourg de Montmartre, sino lo más parecido a un desierto.

Podemos seguirlo asimismo en su correspondencia a partir de 1927, cuando proyecta su traslado a Buenos Aires en busca de lo que creía un ámbito menos hostil para esa cruzada cultural. Pero aquí también es significativo el modo como Mariátegui se vincula con el campo cultural argentino. Otra vez, desde los márgenes y rodeado de equívocos. No se acercará por vía del marxismo revolucionario o del marxismo sin más. Sus contactos no irán en dirección de Aníbal Ponce sino hacia el editor Samuel Glusberg, que en el inicio de la relación epistolar le revela lo que se le aparece como un primer equívoco: "Quien primero me habló aquí de sus escritos fue -asómbrese- Leopoldo

VI CONGRESO DE LA «ASOCIACIÓN AMIGOS DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA» Lugones”.¹³ La respuesta de Mariátegui no demoró: “Estoy políticamente en el polo opuesto de Lugones. Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse, aun combatiéndose. Sobre todo combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea”.¹⁴

24 Como todo el mundo sabe, ese proyectado viaje se vio quebrado por la muerte. Muchas veces me pregunté contrafácticamente quién podría haber sido el interlocutor ideal de Mariátegui en Buenos Aires. Oscar Herrera, un político peruano aprista, le escribe el 6 de diciembre de 1927 diciéndole que Gerchunoff va a fundar un diario patrocinado por “una importante empresa inglesa” y que está dispuesto a ofrecerle trabajo. Los equívocos parecen entonces comenzar a diluirse, en la medida en que Mariátegui iba a ingresar en ese laboratorio periodístico e intelectual que fue el diario **El Mundo**, con lo cual el encuentro con Roberto Arlt hubiera resultado inevitable y el destino podría haberse considerado cumplido. ¿No tenían acaso rasgos análogos?: una relación compleja y traumática con sus padres, orígenes humildes, autodidactos ambos, y un talento intransigente que ejercían en la crónica periodística con una agudeza admirable? ¿Acaso no se ha dicho que en Arlt está “una revolución futurista, con su peculiar mezcla de esteticismo, violencia y tecnología, encaminada a destruir, nietzscheanamente, la ‘mentira metafísica’ cristiana” (Sarlo).

Pero como la historia no es la geometría, suele ser más interesante al riesgo de resultar más cruel. El 20 abril de 1929 Glusberg (en ese momento secretario de la SADE) le escribe a Mariátegui: “La Sociedad de Escritores que preside Lugones estoy seguro que lo ayudará grandemente” (II, 545). En una **Aguafuerte** de tres meses antes Roberto Arlt la ha emprendido contra esa misma Sociedad, agregando de paso que allí figura ese señor “secretario editor” (Samuel Glusberg) que “no corta ni pincha en la SADE” y que “con su preclara inteligencia racial tratará de sacar todo el provecho posible del asunto”.¹⁵

Ese eventual destino de Mariátegui en Buenos Aires por ende

queda librado así más a la ficción que a la indagación socio-cultural. Una de esas alternativas ficcionales tal vez la escribió su compatriota Manuel Scorza veinte años más tarde con esos versos que dicen: "Yo soy el estudiante pobre / que tiene un solo traje y muchas penas. / Yo soy el provinciano / que no encuentra la puerta en las pensiones / ... / Yo soy el desterrado".

He aquí entonces el modo como los cambios del mundo me llevaron a releer este itinerario tan sudamericano. Quise hacerlo, eso sí, entre el homenaje y la evocación crítica; esto es, en las antípodas de la hagiografía, que convierte a los seres humanos en bronce de museo para impedir que sigan viviendo entre nosotros de una manera terca. Contamos para ello en los textos de Mariátegui con la polisemia de las obras perdurables. Quizás podamos contar también con la esperanza: así como llegó, quizás un día retroceda el integrismo neoliberal de mercado que promete recluir a los hombres y mujeres en el círculo de una privacidad egoísta y empobrecida. Cuando ello suceda, me gustaría volver a evocar también críticamente a Mariátegui, pero en un clima menos melancólico o irreal que aquel con que los tiempos de la posmodernidad amenazan a los modernistas revolucionarios.

25

Procedente de
Nº de expediente 00019
Nº de folios 1054/1076

Notas

- 1 "yo no me sentí americano sino en Europa. Por los caminos de Europa encontré el país que yo había dejado y en el que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me esclareció el deber de una tarea americana" ("Waldo Frank", en *El alma matinal y otras estaciones del hombre moderno*, en *Obras completas de José Carlos Mariátegui*, Lima, Amauta, 1977, v. 1, p. 162)
- 2 "Y la vorágine de esta vida febril que nos enferma, la electricidad que sensibiliza nuestros nervios gradualmente, el teléfono que genera muy lentos trastornos mentales, la mareante confusión de los automóviles que pasan raudos lastimándonos con el grito ululante de sus bocinas, todo va siendo germen fecundo de la neurastenia" (La prensa, 18 de febrero de 1916)
- 3 (El tiempo, 10 de noviembre de 1917)
- 4 Decadentismo: Visión pesimista vida humana: sometida a las necesidades impiadosas del determinismo psíquico, psicológico y social, que aplasta al hombre bajo las leyes

de la herencia, a la especie bajo lasa de la evolución, al individuo excepcional bajo la ley del gran número afirmado por la democracia. La fe religiosa no es más que un recuerdo nostálgico; el amor, que la sumisión inconsciente a la voluntad ciega del instinto de supervivencia de la especie. La naturaleza ya no es el referente romántico sino un mecanismo insensible e impiadoso. Por ello habrá que huir en medio de la tristeza de esta naturaleza y de la sociedad. Se encerrará en la esfera del universo interior, y así se descubrirá la fuerza del inconsciente. Se buscará huir del hastío y la banalidad de la vida a través del refinamiento de la sensación. Convencidos de que el universo material no es más que apariencia y que la conciencia sólo aprehende sus propias representaciones, se hará de la imaginación una fuerza superior capaz de transformar lo real. Se creará así un paraíso interior y se cultivará el sueño y los paraísos artificiales de la droga. Se recusará al presente buscando la salida en un pasado prestigioso como Bizancio, o hacia el futuro adhiriendo a los aspectos más espectaculares de la modernidad, como el decorado urbano o la máquina. Se buscará lo raro, lo refinado, lo excepcional (Pierrot, pp 18-20)

⁵ Véase Carlos Reel de Azúa, artículo sobre modernismo

⁶ La prensa, 11 de abril de 1916)

⁷ Flores Galindo puso de manifiesto el modo como esta sensibilidad de artista iba a ser también la lente a través de la cual observar fenómenos de la vida política peruana sobre todo en su carácter de cronista parlamentario.

⁸ "Sin novedad en el frente" por Erich Maria Remarque, 23 oct 29, en El alma matinal, p. 179. Antes, en La fiesta de la raza, del 12/10/14: "Hoy que la repercusión universal de una guerra cruel y sangrienta, que ha puesto un paréntesis de horror y de barbarie en la vida de los pueblos civilizados "

⁹ C. Ibarguren, La literatura y la guerra, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920, pp. 7-8 y 86-87

¹⁰ Véase Jeffrey Herf, El modernismo reaccionario, FCE, 1993, México-Buenos Aires, pp 97-98

¹¹ En Boletín del Club de Cultura Socialista José Aricó, agosto-sept 1994, traducc Jorge Tula,

¹² Concluye con una frase también 'extrema': "El tema de la mediocridad democrática es típicamente fascista" (4)

¹³ Continúa: "Luego de leer su ensayo sobre La revolución y la inteligencia en la Revista de Filosofía, don Leopoldo me lo recomendó con ese entusiasmo tan suyo, cuando un escritor le gusta de veras" (Samuel Glusberg, marzo 1927 (t. 1, p. 256), en Correspondencia, Biblioteca Amauta, 1984, 2 v., Intr. comp. y notas de A. Melis)

¹⁴ Continúa: "Además si la revolución exige violencia, autoridad, disciplina, estoy por la violencia, por la autoridad, por la disciplina. La acepto, en bloque, con todos sus horrores, sin reservas cobardes. En Lugones he admirado siempre al artista, al pensador

HOMENAJE A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1894-1994)

que se expresa sin equívoco y sin oportunismo. Ideológicamente estamos en campos adversos. Me aflige que él refuerce con su nombre y con su acción a los conservadores. Aunque siempre es una ventaja encontrarse con adversarios de su estatura" (Mariátegui a Glusberg, 30 abril 1927 (l. 273)

- " R. Arlt **Aguafuertes porteñas: cultura y política**, Losada, 1994, p. 63, aguafuerte del 14 enero 1929